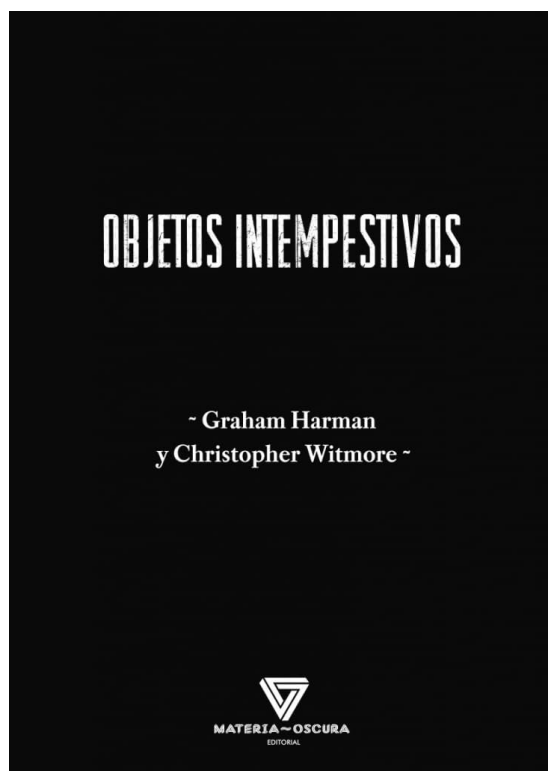


Graham Harman y Christopher Witmore. *Objetos intempestivos: Filosofía y arqueología orientada a objetos. Materia Oscura. Segovia, 2024, 287 páginas. ISBN: 978-84-127034-4-3*

Alfredo González Ruibal

Incipit-CSIC ✉

<https://doi.org/10.5209/cmpl.109595>



En los últimos años se ha producido en arqueología una revolución teórica que ha pasado bastante desapercibida. No me refiero al desarrollo de perspectivas neomaterialistas, que han ido más allá de los dos paradigmas dominantes hasta inicios del siglo XXI (procesualismo y posprocesualismo), sino a la influencia de la arqueología teórica más allá de la disciplina. Se ha señalado con frecuencia y con razón que la arqueología se ha inspirado en multitud de disciplinas -desde la filosofía a la biología, pasando por la antropología- pero que raramente ha servido para influir otros campos del saber, excepto de forma muy vaga.

Esto ha comenzado a cambiar a raíz del desarrollo de las mencionadas perspectivas neomaterialistas. Se ha dado la feliz coincidencia de un giro material en las humanidades y un retorno de la arqueología a la materialidad con la que trabaja. Como disciplina de los objetos por antonomasia, no es extraño que algunos especialistas en otras áreas hayan descubierto que la arqueología tiene algo que decir: es el caso de historiadoras como Ewa Domanska, geógrafas como Caitlin DeSilvey o filósofos como Graham Harman. Este interés por la arqueología en tanto que proveedora de reflexiones teóricas es la revolución a la que me estoy refiriendo.

El libro que reseño es un buen ejemplo de ello. Ha sido la línea materialista desarrollada por Bjornar Olsen y Christopher Witmore, uno de los coautores de la obra, la que ha tenido una mayor influencia, tanto en arqueología como fuera de ella. Si bien Graham Harman, el otro coautor, ya había colaborado con Olsen y Witmore en proyectos previos, este es el primer libro completo que escriben un filósofo y un arqueólogo, mano a mano. Solo por eso, sería un motivo de celebración: estamos ante un hito en la historia de nuestra disciplina. Conviene advertir, no obstante, que no es un libro para todos los públicos: se espera del lector un conocimiento previo de filosofía y arqueología teórica, sin el cual resultará difícil sacarle partido. Esto es especialmente cierto por lo que respecta a las partes más estrictamente filosóficas de la obra. De hecho, no se trata de una revisión sobre las aportaciones filosóficas y arqueológicas a la cuestión del tiempo y la materialidad, sino una reflexión sobre la forma en que los objetos, el mundo material, produce el tiempo -la tesis principal del libro.

La obra se divide en cinco capítulos. El primer capítulo es el más estrictamente

filosófico. Se trata de una revisión de las distintas teorías que se han desarrollado sobre el tiempo, desde Platón a Deleuze. Harman, el principal autor de este capítulo, divide las escuelas filosóficas entre aquellos que perciben el tiempo como un flujo continuo (por ejemplo, Bergson) y quienes lo entienden como una sucesión de momentos o instantes (por ejemplo, Heidegger). Frente a ambas posturas, la ontología orientada a objetos (OOO) que propone Harman defiende un tiempo continuo, pero en el que existen entes discretos que permanecen, al menos en parte, a pesar del cambio temporal -una teoría que se contrapone a los principios bergsonianos. Al contrario que la mayor parte de teorías sobre el tiempo, además, Harman y Witmore defienden que este no fluye en ninguna dirección, sino que es una corriente turbulenta, que se filtra y propaga (“percolates”): el pasado y el presente pueden acercarse hasta tocarse o alejarse enormemente. Además, y esta es la clave del libro, el tiempo se produce en los objetos, pero no en cualquier parte, sino en su superficie. Harman y Witmore consideran que las cosas tienen una realidad superficial y profunda (frente a la fenomenología que considera lo real como superficial y la filosofía platónica que predica lo opuesto). Sin embargo, solo en lo superficial de lo real se puede producir tiempo, dado que la profundidad de las cosas es demasiado profunda para que pueda afectar -o ser afectada por- nada más.

Para quienes no estén versados en filosofía, el primer capítulo es fácil que se indigeste, entre otras cosas porque Harman da mucho por supuesto y no dedica esfuerzos en hacer la reflexión accesible a aquellos que no hayan leído a Aristóteles, Husserl o Heidegger, o al menos no con la profundidad que él lo ha hecho. Esto es posible que no sea un problema para una parte del público al que va destinado el libro (los filósofos), pero sí lo es para los arqueólogos.

Afortunadamente, el segundo capítulo, a cargo de Christopher Witmore, ayuda a aclarar lo expuesto en el primero mediante la arqueología y utilizando casos de Grecia, su campo de especialización. Witmore critica la forma en que los arqueólogos han clasificado y subdividido el tiempo, como si los períodos fueran compartimentos estancos, al modo de los historiadores. Frente a ello, argumenta que la arqueología no debe organizar los objetos temporalmente (o no solo), sino dejar que los objetos organicen ellos mismos el tiempo -y documentar lo que resulta de tales arreglos materiales-temporales. Aquí, el concepto de latencia es clave: la memoria involuntaria de las cosas que persiste e irrumpe de diversas

maneras en el presente, deshaciendo cualquier intento de clasificar linealmente materialidades y tiempos históricos. En el resto del capítulo Witmore ofrece ejemplos de esta temporalidad turbulenta que emerge de la superficie de las cosas: puentes micénicos que siguen en uso hoy o la compleja temporalidad de Micenas, una topología en la que se conectan objetos que nunca lo estuvieron (las tumbas del Círculo B del Heládico Medio y la ciudad del Heládico Tardío).

El tercer capítulo adopta la forma de diálogo entre ambos autores e incide en la clarificación de algunos conceptos centrales, como el de la filtración del tiempo (“percolation”), la topología, la persistencia o la policronía -la coexistencia de diversos tiempos en un mismo momento. Particularmente relevante es la idea de simbiosis, utilizada habitualmente en biología, pero que en este contexto se refiere a la forma en que se incorporan objetos-tiempos distintos en la creación de nuevos entes, incluidos seres humanos (“antropoiesis”).

El cuarto capítulo vuelve a la filosofía pura de la mano de Harman, en este caso para desarrollar en más detalle la forma en que los objetos crean tiempo. Nuevamente, la argumentación que sigue el filósofo no es fácil, pero en este caso requiere menos conocimientos filosóficos seguir el razonamiento. Aquí la clave es la concepción del objeto como replegado (“withdrawn”) y no-relacional, algo que separa a la filosofía OOO de la mayor parte de neomaterialismos, basados en una ontología relacional. El objeto replegado (objeto real) no puede como tal crear el tiempo, este surge por medio de las cualidades sensoriales, que cambian continuamente (en la superficie del objeto). Ahora bien, el cambio ocurre porque existe un desbordamiento (“overflow”), un exceso sensorial que emana tanto del objeto real oculto como de las cualidades sensoriales tangibles. El objeto sensorial puede sufrir numerosos cambios en sus atributos sin que pierda su identidad como tal objeto -nuevamente, una perspectiva en contradicción con la mayor parte de neomaterialismos, que hacen coincidir el ser con el llegar a ser, el proceso de entificación (caso de Bergson o Deleuze). Una buena parte del capítulo se dedica a debatir las ideas sobre la irrealidad del tiempo de McTaggart. Mientras el filósofo inglés considera que el tiempo no existe, porque es imposible diferenciar los eventos como pertenecientes al pasado, presente y futuro, la filosofía OOO que defiende Harman asegura que sí existe el tiempo, pero solo en el presente, que es donde tienen lugar todas las operaciones temporales a través de los objetos.

Si el lector se ha perdido en las profundidades filosóficas del cuarto capítulo, el quinto, nuevamente en forma de diálogo entre Harman y Witmore, ayuda algo a ubicarse, sin bien en este caso con menos concesiones que en el diálogo previo. Algunos puntos sobre los que insisten y resultan particularmente relevantes: el papel que se otorga a los humanos en la producción del tiempo -llamativo en un contexto de pensamiento poshumanista triunfante: las personas tienen la capacidad de crear tiempo ("épocas") incluso a escala individual. La idea de que el tiempo es el producto del cambio y no el cambio el producto del tiempo. El tiempo como residuo, lo que queda, pero con capacidad de fertilizar todo lo que sucede. El tiempo como forma de distinguir lo importante de lo que no lo es: el paso del tiempo como filtro.

Objetos intempestivos defiende una perspectiva sobre el tiempo y la materialidad que difiere considerablemente de la de otros paradigmas, tanto neomaterialistas como posmodernos y poshumanistas: frente a la idea del cambio constante y la fluidez permanente, Harman y Witmore ponen el énfasis en la estabilidad, la duración y la persistencia. Las cosas perduran, el tiempo tiene texturas diversas y es reversible. Las cosas son autónomas y se

caracterizan por lo que son y cómo persisten, no por sus relaciones o por cómo llegan a ser. Cualquier gran cambio en la historia -lo que percibimos como tiempo- se ha producido a través de un proceso de simbiosis, por la fusión entre seres humanos y no humanos.

Objetos intempestivos no es un libro sencillo, al menos para arqueólogos. De hecho, se hubiera agradecido que el filósofo Harman hubiese realizado un esfuerzo de acercarse a la arqueología y su público similar al que hace el arqueólogo Witmore con la filosofía. Permanece ahí una asimetría que quizá se vaya resolviendo en nuevas colaboraciones. Una de las cosas que más se ha criticado a la arqueología simétrica que defiende esta obra es la difícil aplicabilidad al trabajo diario de quienes se dedican a la disciplina. Sin embargo, quizá el error esté en esperar de la teoría arqueológica un libro de recetas que uno pueda aplicar a su registro. *Objetos intempestivos* obviamente no se puede leer como una guía, sino más bien como una fuente de inspiración que sirva para reflexionar sobre nuestra práctica científica, sobre cómo aproximarse a la materialidad y al tiempo y cómo contarlos. No es un trabajo fácil, pero ¿quién ha dicho que el trabajo intelectual deba serlo?